

cuanto al *Valor* y la *Virtud*, ¿para qué querían los que no tenían ya ni virtud ni valor las imágenes que los representaban?

Retiróse por entonces satisfecho Alarico (409), cargado de oro, y engrosadas sus bandas con cuarenta mil bárbaros rescatados en Roma; y retiróse como aquel que tiene la generosidad de perdonar lo que está en su mano destruir. Pero no tardó en volver á humillar de nuevo á aquella en otro tiempo tan orgullosa ciudad. Irritado de que el impotente Honorio, siempre cobijado en Ravena, hubiera hecho jurar á los oficiales del imperio que no transigirían nunca, antes harían guerra implacable al godo, presentóse otra vez Alarico delante de Roma, y con una moderación que no era de esperar de un bárbaro poderoso y ofendido, contentóse con obligar al senado á reconocer por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Puso el senado humildemente la desacreditada púrpura en los hombros de quien Alarico le designaba, y el nuevo Augusto correspondió al que le hacía emperador dándole el mando de los ejércitos de Occidente, y el de sus guardias á Ataulfo, cuñado de Alarico, con el título de conde de los Domésticos.

¿Pero era el destino de Roma ser solamente humillada? ¿Qué era lo que le había dicho á Alarico aquella voz secreta á que no podía resistir? «*Anda y ve á destruir á Roma.*» Sonó, pues, la hora de cumplirse el destino de la ciudad eterna. Entretenido es-

taba el imbecil Honorio en Ravena en cuidar una gallina que llamaba *Roma* (¡apenas puede concebirse tanta degradación!), mientras la ciudad de Rómulo caía en poder de Alarico. El 24 de agosto del año 410 de Jesucristo, á los 1163 años de su fundación, los estandartes godos plantados en lo alto del Capitolio, anunciaron que la ciudad de los Césares había pasado á otro dueño, y que una nueva raza de hombres entraba en posesión del mundo antiguo. La depredadora del universo fué á su vez saqueada por aquellas turbas feroces, y la que se había jactado de subyugar el mundo entero, se vió entregada por espacio de diez y seis días al furor de una soldadesca bárbara. Por la espada pereció la que por la espada se había engrandecido.

Parecía haberse escrito para ella aquellas palabras del profeta: «Esto ha dicho el Señor: ved un pueblo que vendrá de la tierra del Aquilon, y una gran nación se levantará de las estremidades de la tierra. Tomará sus flechas y su escudo: es cruel y no conoce la compasión; su voz resonará como el mar: montarán sus caballos, como guerrero que se apres- ta á la pelea, contra tí, hija de Sion. Hemos oído su fama: nuestros brazos han desfallecido: la tribulación se ha apoderado de nosotros (1).» Y bien podía decirse de Roma como de Jerusalen: «La señora de

(1) Jerem. cap. VI.

»las naciones ha quedado viuda: la reina de las ciudades se ha hecho tributaria... sus enemigos se han levantado sobre su cabeza..... porque el Señor ha hablado contra ella á causa de la multitud de sus iniquidades (1).» «¿Quién hubiera pensado jamás, escribía San Gerónimo, que Roma, tan altamente ensalzada por sus victorias, habia de perecer, y que despues de haber sido la madre de los pueblos, habia de ser su sepulcro? (2).»

Estátuas, vasos, mesas, sepulcros, ídolos, los objetos preciosos del culto, las obras maestras mas insignes de las artes, todo caia hecha pedazos á los rudos golpes del hacha de los godos. Palacios suntuosos fueron presa del voraz incendio, muchos hombres fueron degollados, muchas doncellas y muchas matronas hechas esclavas, y los bárbaros destruian por plaacer los bellos jardines y las magníficas moradas de los opulentos y voluptuosos patricios. En aquellos días de universal devastacion se presenta en Roma un espectáculo sorprendente. Desde el monte Quirinal hasta el Vaticano, se ve marchar una procesion solemne; los soldados que hasta entonces se han ocupado en el pillage caminan ordenadamente en dos filas: entre ellas van sacerdotes cantando piadosos salmos: ¿qué significa esa ceremonia semi-religiosa, semi-

(1) Id. Lament. cap. I.

(2) *Capitur urbs quæ totum**cepit orbem.* Hieronim. ad Eustochium.

bélica? Es que conducen las reliquias de los mártires de Cristo, es que llevan los vasos sagrados de que se sirven en los altares los sacerdotes del Crucificado, que Alarico ha mandado respetar y custodiar: Alarico, que ha dado orden para que se respeten tambien los templos cristianos, y no se derrame la sangre de los que se han refugiado á ellos. Así los perseguidores del cristianismo deben su salvacion á aquellos mismos lugares que ellos intentaban derribar, á aquella misma religion que tan crudamente perseguian. Es el esistianismo que viene á anunciar al mundo que ha concluido la idolatría, y que el culto de los dioses paganos ha terminado con el imperio de los Césares. Es la idea religiosa, que traian ya desde sus bosques los destructores providenciales de los disolutos emperadores y de las falsas divinidades. Es la sociedad cristiana que viene á reemplazar á la sociedad idólatra. Es el principio civilizador, que la espada de un bárbaro ayuda á triunfar, sin que él mismo lo conozca, de la resistencia que aun oponia á las doctrinas de los apóstoles y de las escuelas. Es la fuerza que viene á completar la obra de la idea. Porque la Providencia, dijimos en nuestro discurso preliminar, cuando suena la hora de la oportunidad, pone la fuerza á la orden del derecho, y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

Retiráronse los godos cargados de botin á la Italia Meridional. A los pocos días murió Alarico, como si

hubiera concluido su mision sobre la tierra. Los godos proclamaron rey á Ataulfo, cuñado del gefe que acababan de perder. Ataulfo habia concebido el pensamiento de fundar un imperio godo sobre las ruinas del romano; mas comprendiendo luego que su pueblo no estaba aun preparado para recibir las instituciones y las leyes de un gobierno regular, parecióle que podria merecer mejor la gratitud del mundo haciendo al imperio romano recotrase de su postracion, contento con que esto se debiera á la influencia goda. Ofreció, pues, su amistad á Honorio, que no desdeñó admitirla á pesar del ódio que habia jurado á los godos. Encargóse entonces Ataulfo de combatir á los que en las Galias tenian usurpado el poder romano, y se posesionó de Narbona, Tolosa, Burdeos, y todo el pais que se estiende desde Marsella hasta el Océano (412).

Entre las damas que los godos habian hecho prisioneras en Roma, hallábase la bella Placidia, hermana de Honorio. Habíase prendado de ella Ataulfo, y muchas veces la habia pedido á su hermano por esposa. Como éste rehusase siempre su consentimiento, determino el godo por sí mismo casarse con la que por derecho de guerra hubiera podido tratar como esclava. Celebráronse solemnemente los desposorios en Narbona. Ataulfo se presentó en la ceremonia vestido á la romana, y Placidia con el traje y pompa de emperatriz. Cincuenta lindos mancebos vestidos de seda ofrecieron á la ilustre desposada otras tantas

bandejas llenas de oro y pedrería ⁽¹⁾. Asi un godo venido de la Escitia se desposaba con la hija del gran Teodosio, llevándole en dote los despojos del imperio de su padre.

Destinado estaba este consorcio á ejercer grande influjo en la suerte del decadente imperio, y á no tenerle menor en la de nuestra España. Amaba tambien á Placidia Constancio, á la sazón ministro y consejero de Honorio, que aspirando á la mano de aquella princesa esperaba poder encumbrarse un dia al trono. Hombre animoso y hábil, habia tenido Constancio la fortuna de ir acabando con todos los usurpadores del imperio. Constantino y Constante en las Galias, Heráclio en Africa, Máximo y Geroncio en España, todos habian ido pereciendo, ó en batalla, ó suicidados, ó sentenciados á muerte. ⁽²⁾ A Constantino habia reemplazado en las Galias Jovino, que cayendo en manos de Ataulfo fué decapitado tambien, y su cabeza enviada como un trofeo por el godo vencedor al emperador su cuñado (413). Asi los dos rivales, el esposo y el amante de Placidia, proporcionaban triunfos al imbécil Honorio, ó por lo menos le libertaban de sus

(1) Idat. Chron.

(2) De estos últimos fué Constantino, á quien no valió ordenarse de sacerdote para hacer sagrada su persona. Tambien le fué enviado aquel Atalo á quien Alarico habia nombrado emperador de Roma, como para mofarse de la grandeza romana. Con todos estos

se divertia Honorio exponiéndolos al público. Incapaz de resistir por sí mismo á ninguno de ellos, gozabase de hacerlos objeto de escarnio despues que se los daban rendidos. Asi se hacia aquel emperador mentecato la iluzion de que era fuerte.

competidores. Mas las victorias de Ataulfo no hacian sino escitar mas los celos de Constancio, quien provocó al emperador á que exigiera al rey godo la restitucion de Placidia su hermana. Negóse á ello Ataulfo, y rompió con el emperador y con el imperio. Era lo que Constancio deseaba. Habiendo tenido la precaucion de aliarse con los otros bárbaros que procedian del Rhin, pudo Constancio dedicarse esclusivamente á hostilizar á Ataulfo y sus godos. Entonces el sucesor de Alarico determina venir á España: traspone el Pirineo Oriental y toma posesion de Barcelona (414). ¿Cuál era el pensamiento de Ataulfo, y cuál su objeto en venir á España? Veamos cuál era la situacion de nuestra península cuando esto acaecia.

Entre las razas salvages que en la grande irrupcion del año 406 dijimos haber inundado el imperio romano, contábanse, segun indicamos tambien, los vándalos, los alanos y los suevos, que precipitándose sobre las Galias las devastaron por espacio de tres años. Habian hecho estas tribus su principal asiento, si asiento hacian en alguna parte estos guerreros nómadas, en la Aquitania y la Narbonense. Viéndose casi al pié de los Pirineos, ó bien que Geroncio los llamára de España, ó bien que los empujára solo su propia movilidad, ó que los aguijára la codicia ó el deseo de ver lo que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera de elevados montes, franquearon los Pirineos (409) desgajándose como torrentes por las comarcas españo-

las en ocasión que en la España andaban revueltos en guerras los Máximos, los Constantes y los Geroncios, disputándose entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana. Coincidía este gran suceso con la entrada de Alarico en la capital del antiguo mundo romano. Cada uno de estos pueblos trashumantes traia su rey, ó mas bien su gefe militar. Gunderico se llamaba el de los vándalos, los mas poderosos y fieros, á quienes acompañaban los silingos, tribu particular de su misma raza; Atacio era el de los alanos, y Hermerico ó Hermenerico el de los suevos.

Triste y horroroso espectáculo ofrecia entonces la España. El genio de la devastacion se apoderaba de ella. El incendio, la ruina, el pillage, la muerte, era la huella que dejaba tras sí la destructora planta de los nuevos invasores. Campos, frutos, ciudades, almacenes, todo caía, ó devorado por las llamas, ó derruido por el hacha de aquellas hordas feroces. Vefanse las gentes morir transidas de hambre, sustentábanse algunos con carne humana, llegando el caso, al decir de algunos historiadores, de que una muger se alimentára sucesivamente con la carne de sus cuatro hijos; barbarie horrible que la costó ser apedreada por el indignado pueblo (1). Siguiéronse á los horrores del hambre los de la peste; porque los campos se hallaban cubiertos de insepultos cadáveres que con su podredumbre in-

(1) Idat. Chron.—Orosio, lib. VII.

festaban la atmósfera, y á cuyo olor acudían manadas de voraces lobos y nubes de cuervos y de buitres, que los unos con sus aullidos, con sus roncos y tristes graznidos los otros, infundían nuevo espanto á los que presenciaban la calamidad. La cólera divina parecía querer descargar entera sobre este desventurado pueblo. En este estado, hartos los bárbaros de carnicería y de rapiñas, acordaron repartirse entre sí la España, en cuya distribución tocó á los suevos la Galicia, á los alanos la Lusitania y la Tarraconense, la Bética á los vándalos, que le dieron el nombre de Vandalusia. Algunos pueblos de Galicia conservaron su independencia en las montañas ⁽¹⁾. Y no obstante la ferocidad de estas gentes, cuando ya se asentaron, casi se felicitaban los indígenas de verse sujetos á la dominación bárbara con preferencia á la sábia opresión de los magistrados romanos.

En tal situación aconteció la venida de Ataulfo y de sus godos á España. Diferentes y aun opuestos juicios hacen los historiadores acerca del objeto que pudo impulsar al monarca visigodo á penetrar en la Península, y no es de extrañar que las historias de aquellos tiempos participen de la general confusión en que entonces andaba todo envuelto y turbado. Suponen unos que por anteriores conciertos con Honorio le había concedido éste, además de la posesión de la Narbonen-

(1) Idacio, Orosio, Salviano, Olimpiodoro.

se, la parte oriental de España mas próxima al Pirineo. Sospechan otros que solo vino huyendo de las legiones imperiales de Constancio. Afirma Jornandés, cuyo testimonio no carece de importancia en lo relativo á las cosas de los godos, que Ataulfo hizo ya cruda guerra á los vándalos de España. ¿Y no pudo decir Ataulfo á la manera de Alarico: «siento dentro de mí una voz que me dice: anda y vé á lanzar de España á los bárbaros que la inundan, y funda en ella un imperio?» Por lo menos los sucesos posteriores mostraron que esta era la misión providencial que habían recibido los godos. Mas si Ataulfo había tenido este pensamiento, faltóle tiempo para la ejecución faltándole la vida. Quitósele en Barcelona el godo Sigerico, ansioso de reemplazarle en el mando, y con pretexto acaso de la flojedad con que Ataulfo hacía la guerra á los romanos.

Todos los ímpetus que el nuevo rey había anunciado antes de serlo contra los imperiales, los descargó inhumana y bárbaramente contra la familia de Ataulfo, ya degollando á los seis hijos que de su primera muger había este dejado, ya haciendo marchar á Placidia por espacio de doce millas delante de su caballo á pié y mezclada entre una turba de mugeres esclavas. Tan intempestiva fiereza debió irritar á los godos, que habiendo sin duda aprendido ya de los romanos la manera de quitar y poner reyes, asesinaron á los siete días al vio-

lento y arrebatado Sigerico, nombrando en su lugar á Walia.

Reservámonos referir en otro lugar los triunfos de Walia sobre los vándalos, la devolucion de Placidia á Honorio, la concesion que este emperador hizo á los godos de las tierras de Aquitania, y el establecimiento de la córte goda en Tolosa. Limitámonos en este capítulo á apuntar los primeros pasos en España de los que habian de trasformar nuestra península de provincia romana en monarquía goda. Dejámosla cuajada de ejércitos bárbaros, de masas de salvages que se mueven y chocan entre sí disputándose la posesion de un suelo envidiado; á otros bárbaros menos salvages y feroces que ellos pugnando por arrojar á los primeros invasores; el imperio romano de Occidente desmoronándose, saqueada por los godos la capital del que se había llamado pueblo-rey, un emperador imbécil, dando leyes á súbditos que no tenia, y cuyos sucesores no hacian ya sino disputarse los harapos inservibles de una púrpura desgarrada; la dominacion romana moralmente abolida en España, pero luchando todavía por sostener un poder ilusorio y fantástico, y fandiéndose y como amasándose una España nueva: período de fermentacion, y mezela de pueblos y de elementos estraños, de que habrá de resultar otro idioma, otros nombres, otras costumbres, otra forma de gobierno, otra sociedad. La España se está descomponiendo para renovarse.

Por eso, sin dar por definitivamente terminada la dominacion romana, ni por formado todavía el imperio godo que la habrá de sustituir, pero no rigiendo ya la organizacion á que hasta ahora ha estado sujeta, parécenos que debemos dar cuenta del carácter de la situacion política que termina, para que podamos despues apreciar mejor el cambio material y moral que va á sufrir.